

GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Tomo LXIII

Octubre de 1932

Número 10

Discurso del Dr. D. Tomás G. Perrín

En la Inauguración del CXIX Año Académico [1932-1933]

Señor Subsecretario de Educación Pública, señor Rector de la Universidad Nacional, señores representantes de las Sociedades Científicas:

Tristes augurios

Harto hubiera conturbado a mi espíritu, señores académicos, la emoción de los momentos rituales, ya aledaños, que echarán sobre mí una responsabilidad moral cuyos límites apenas a columbrar acierto, sin que mi sino pusiera en ellos un acerbo dolor. El de no verme al amparo de la sombra amiga de nuestro ejemplar presidente don Demetrio López, en lucha heroica, ahora, contra insidiosa y cruel dolencia.

Quiera el cielo salvarnos, para bien de la cultura patria, esa vida en la que vimos todos un paradigma de honestidad. Docto y prudente, sin que su ponderación, su recato y su seriedad le restaran entusiasmos juveniles, débele nuestra Academia, gratitud perenne. A ella llegó cuando una discusión enconada amenazaba enfrentar en dos bandos la unidad intelectual y ética de la corporación. Lejos de rehuir o disimular el conflicto, nuestro presidente quiso, abordándole, iniciar su trabajo rector, y, así, antes que cautelosamente acaliar voces (ceteras, o erradas) pidió se dejaran oír todas, en este recinto, y tras los exaltados argumentos contendientes, habló—sin reticencias ni distinguos, sin vaguedades ni reservas, sin traba alguna, la Academia misma. Lo que ésta dijo, tuvo inmediato obsecuente acatamiento, y trocado el cisma amenazador en sana concordia, entramos, serenamente, en nuestras tareas.

De su visión amplia sobre la evolución y desarrollo de esta asociación da fe, la que él puso en la comisión nombrada para el estudio de muy importantes reformas al reglamento; y de su noble afán por el lustre y prestigio de este Instituto, la emoción con que logró ver honrada esta presidencia con la respetable personalidad de nuestro Primer Magistrado.

Celoso guardador de las normas institucionales, sólo deja sin cumplimiento la décimatercera y última de las obligaciones que el artículo 16 señala al presidente; leer un discurso, al entregar la presidencia a su sucesor. Disculpadme, señores académicos, si me turba, como un triste presagio, el desolador automatismo de mi excepcional, ya inmediata, toma de posesión.

Mi profesión de fe en la Academia

Un grupo de hombres honestos y laboriosos, que discurren acerca de temas científicos, literarios o artísticos, en un afán de perfeccionamiento ajeno a todo lucro y a resguardo de toda exhibición vanidosa, ha de merecer, si no la admiración, el respeto, al menos, de las gentes avisadas. Ciertamente cubre ya un espeso olvido aquel furor de Sila que trocara en máquinas de guerra los olivos sagrados de Platón en la segunda academia de Atenas, pero, si ya no el hacha, con no menor sevicia la ironía sabe asestar sus golpes. Con cuánta fruición ha poco dijo (y, sobre todo, con cuánta, cuántos repiten que: dijo) Rubén, el divino:

De las epidemias
de horribles blasfemias
de las Academias,
libranos, Señor!

Y, sin embargo, que otra cosa que un bello y sostenido impulso de superación, doctrinal o técnica, puede fundamentalmente verse en ellas. Pudiera verse sí, como consecuencia de esto, que la labor se desarrolla en un plano de cierta elevación moral, mas no ha de ser nunca el académico (que como hombre de estudios hondos ve en la pedantería su opuesto polo), quien en aquél se crea colocado; a ese plano le lleva, pese a poco piadosos propósitos, el mismo celo de quien le zahiere. La estructura moderna de nuestras academias, limitando con fines de selección el número de sus especializados componentes, deja, año tras año, murmurando en el atrio, a muy doctos varones. Y de éstos, de los seguramente académicos de mañana, suelen llegar tácitas hasta el sereno recinto, las ironías más sutiles.

Digo esto, abarcando a las academias en una vaga generalización, aunque acaso sólo pudiera tener aplicación discreta para las de índole literaria o artística. Ni la insinuación más embozada ha de

verse con esas dolidas frases para lo que a nuestra vida corporativa se refiere. Y ya a ella concretándose, séame permitido intentar discutir sobre algunos pertinentes puntos.

¿La Academia debe erigirse en cultora de la ciencia pura? ¿Debe preferir la aplicada? ¿Debe y puede, como aquí se ha dicho, acercarse al pueblo? Ha de haber asuntos vedados en sus discusiones?

No podré ocultar, desde el primer momento, aunque se me tache por algún espíritu práctico, de un estéril romanticismo o de un incomprensivo sentido aristocrático, que como misión fundamental de la Academia placeríame verla siempre entregada a la investigación de la verdad, por la verdad misma; al cultivo, con pureza de intención, de la ciencia pura. Lo demás, lo utilitario (aun en el desinteresado sentido del mejoramiento de un servicio profesional) daríasenos añadido.

No ha mucho tiempo, desde este sitio, hice un comentario a esta mi última afirmación. Uno de nuestros compañeros más jóvenes y laboriosos halló con nuevas técnicas hechos nuevos en las estructuras nucleares. Prosiguió por años sus estudios persiguiendo desinteresadamente la verdad y la Academia acogió con simpatía unánime esos trabajos cuya **única** aplicación fué entonces la de añadir unas páginas a la Citología. Pero nuestro investigador y sus discípulos vieron después que las nuevas estructuras presentaban modificaciones hasta cierto punto específicas en bien determinadas dolencias, y de aquí el hallazgo de un nuevo elemento de diagnóstico. Entre otros ejemplos, consideración análoga pudiera hacer de los nuevos estudios sobre la residencia del germen del tifo exantemático, dados a conocer en este recinto, y que son punto de partida de trascendentes derivaciones higiénicas y terapéuticas. Muchos, y muy útiles y muy benéficos, serán los trabajos que de unas u otras investigaciones se desprendan, pero, seguramente, ninguno despertará en nosotros la emoción del hecho inicial. De aquel que fué encontrado buscando el progreso del conocimiento y haciendo abstracción de sus consecuencias.

Si en el decir **acercarse al pueblo** se entiende interesarse, o velar, por su salud corporal y moral, ha más de diez lustros que en muchas de sus ordinarias labores de investigación, o de comprobación, y en la mayor parte de sus funciones de Cuerpo Consultivo, sirve nuestra Academia con fidelidad y con amoroso interés al pueblo. Pero si con aquella un poco manida frase, que a veces suena como adulación al poderoso (hoy, por compensación justa, lo es, o debe serlo, el

pueblo mismo), dáse a entender el traer el pueblo aquí para escuchar-nos o el ir los académicos, como tales, a disertar en las colectividades obreras y campesinas, debo confesar que obrar así implicaría un absoluto desconocimiento de nuestros deberes.

Apasionáanos, a muchos, las tareas de divulgación científica; el decir con palabras sencillas y con triviales ejemplos complejos asuntos de nuestras especialidades, pero trocar, parcialmente siquiera, en esas labores las académicas, rebajaría paulatinamente nuestra cultura hasta una lamentable mediocridad. Y la Academia tiene como deber inalienable, el de elevar el nivel médico, en sus aspectos científicos y artísticos, de nuestro medio.

Respecto de mi última interrogación—que recoge la de muchos—, es mi sentir que ningún tema tratado con criterio médico debe estar proscrito de nuestras discusiones; ni los de índole religiosa, ni los de índole política. Y esto, sin que tampoco afirme la necesidad de ocuparnos de ellos.

Por lo que respecta a los primeros, conectados por escritores respetables con importantes estudios de arqueopatología y de medicina histórica, no han sido tan sólo cultivados por los excépticos ni por los agnósticos. Sin salir de nuestra gran familia panhispánica recuerdo de Novoa Santos un admirable estudio médico sobre la esclarecida monja, doctora y escritora que se llamó en el siglo Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, desprovisto, claro está, de todo criterio místico, pero redactado con el mayor respeto, no sólo a la incomparable mujer, sino a la Santa; y un ferviente católico, don Ricardo Royo Villanova, insigne rector de la Universidad de Zaragoza, escribió bellísimo trabajo lleno de impresionante emoción cristiana sobre la muerte de Jesús estimando, sin la más leve sombra sacrílega, como procedente de un derrame pleurítico tuberculoso, el agua que brotar hiciera del costado del divino Rabí la lanza aleve del centurión Longinos.

Por lo demás, harto sabemos que las discusiones sobre Ciencia y Religión en el seno de las sociedades doctas, suelen ser tan pródigas en arrebatos de erudición y de dialéctica, como estériles en la finalidad de llevar la fé a los excépticos, o el excepticismo a los creyentes.

Por lo que afecta a la política, es obvio que en muchas de las multiformes manifestaciones del arte de gobernar está involucrada la salud del pueblo. Y así, por convulsiva o crítica que la situación

fuese, si las autoridades sanitarias, o el Gobierno de la Nación como reza el artículo 1o. del Reglamento Académico, demandasen nuestro parecer—o aun quizá no demandado si la trascendencia del caso lo requiriese—, cabría escudarse en suspicacias por evitar discusiones de incursión partidaria, hurtando así al pueblo un leal y, por qué no decirlo, inteligente concurso?

Nada, me permito insistir, que no sea ajeno a la Medicina y a sus ciencias auxiliares (y éstas lo son casi todas, las abstractas desde la metafísica hasta las matemáticas, las concretas generales desde la Sociología hasta la Química, y la mayor parte de las concretas especiales, combinadas y aplicadas), podrá ser ajeno tampoco a nuestras discusiones.

Una alta empresa que me parece de importancia capital en nuestro medio y en la que desearía ver empeñada también—no aludo a nuestro lamentable estado inope—, la vida corporativa, es la de estimular la investigación científica.

Previsto está, es cierto, la adjudicación anual de dos premios para trabajos de esa índole, pero la retribución honorífica o la material que aquéllos representan, carece de relieve suficiente para despertar una noble ambición.

Que el galardón moral pueda llegar hasta conferir el título de académico correspondiente y que la retribución pecuniaria pueda ser tal que compense los gastos de adquisición de aparatos y reactivos, y de movilización a lejanas regiones de la República, y a buen seguro que los trabajos de concurso podrán resolver importantes problemas de nuestra patología vernácula, de otro modo destinados a ver la luz en manos de cualquier bien retribuido investigador extranjero.

Un breve concepto sobre la misión del Presidente

Como consideración postrera quiero decir, que aunque el Reglamento de la Academia precisa en las trece disposiciones de un artículo, los deberes del presidente, no creo que por sólo su exacto cumplimiento se merezca bien de la Corporación, ya que las palabras iniciales de aquellas apenas si son otras que las de “cuidar”, “tramitar”, “convocar”, “subscribir”, “nombrar”, “vigilar” o “visar”. El presidente, quizá por encima de todo esto, debe arremeter contra el tradicional concepto de las academias como un grupo hostil de añosos sabios, enfundados en apollilladas vestimentas, y mascullando frases de intransigencia cabe empolvados anaqueles; debe sentir y hacer sentir,

la evolución, la renovación, la juventud eterna del Instituto que preside, y para ello no tanto ha de llevar a éste su entusiasmo, cuanto recoger y encauzar el de los socios todos.

Aunque a muchos repugnan los símiles (Azorín asegura que revelan pobreza mental ya que el comparar, por ejemplo, a un río bajo el sol con una cinta de plata, es algo así—dice el escritor—, como ignorar una cosa y llamar a un vecino para que la explique—, con lo cual Azorín cae, sin advertirlo, en un simil más), me atrevo a comparar a un buen presidente con el espejo cóncavo de nuestros microscópios. Como éste los haces de rayos luminosos, aquél recoger debe las iniciativas, las claras ideas de los asociados todos, y como el espejo con los rayos hace, la comprensión por cóncava acogedora del presidente deberá desviar en las ideas el estéril paralelismo de origen, que las aísla, para hacer que converjan en un punto; foco de luminosidad máxima. Fiel a este simil, tengo la aspiración extraña de una presidencia aparentemente pasiva. Presidencia de la que un día sea justo decir, que hubo en ella una falta de personalidad, en favor de una suma de personalidades.

La hora del trabajo

Creo haberme excedido en una plática sin trascendencia, que retarda, en cambio, la llegada de uno de los momentos más nobles de nuestra vida. Por honrarle, es por lo que tiene solemnidad el acto de hoy. La invitación a ilustres hombres, grandes por su valer propio y por el representativo; el atuendo en el vestir; las insignias... no son vacua pompa de vanistorios o infatuados; todo ello habla del respeto y del decoro con que debemos recibir el momento solemne en que la cultura mexicana, en su más alta representación oficial, abra un nuevo año académico.

Que toda la emoción de hoy para escuchar la voz de la Patria que nos llama al trabajo, sea entusiasmo mañana para obedecerla.

Octubre 10. de 1932.

TOMAS G. PERRIN.